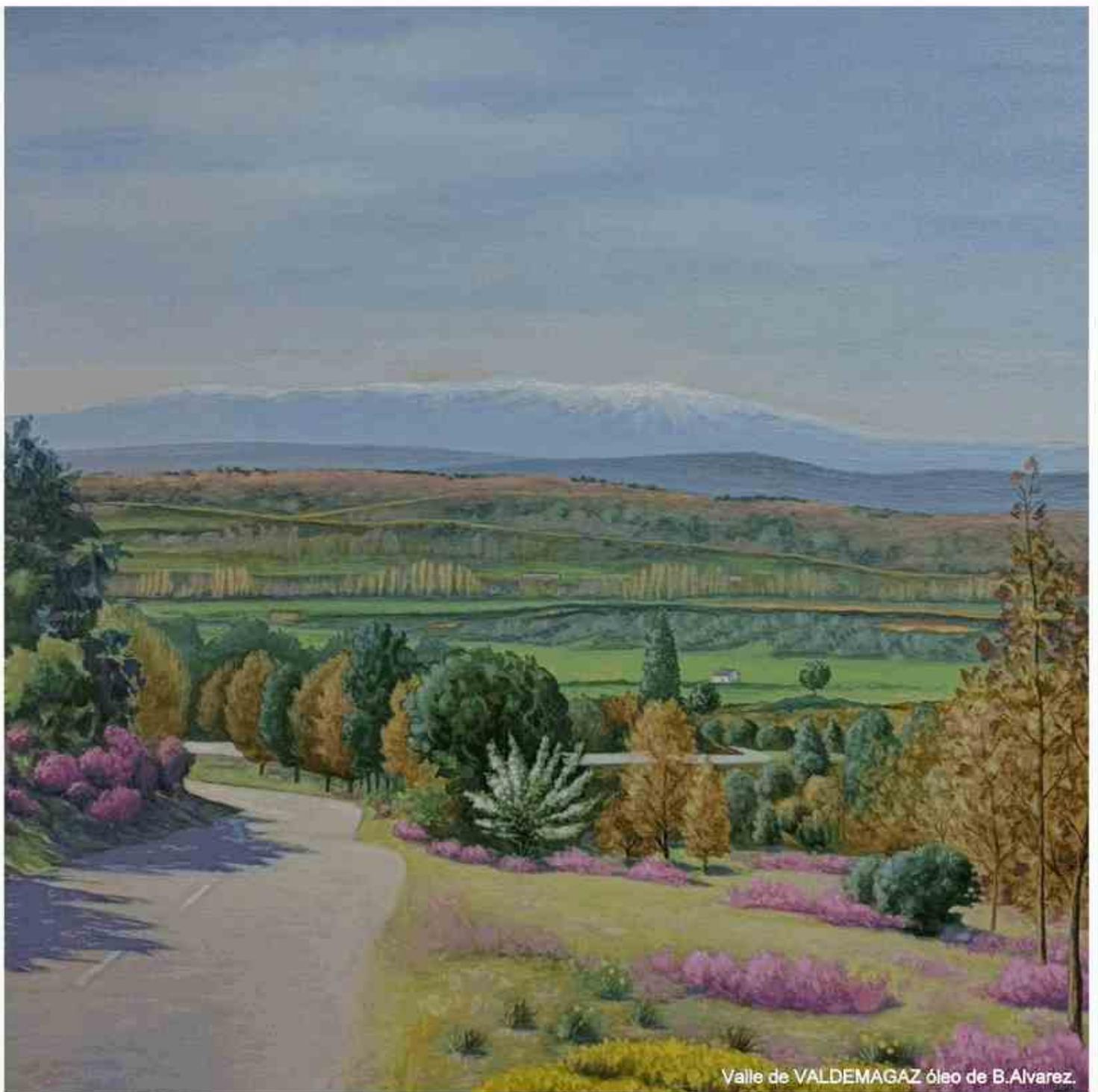




PASARELA

Vega de Magaz - La Cepeda
(León)

REVISTA de CONTENIDO SOCIOCULTURAL Nº18



Valle de VALDEMAGAZ óleo de B.Alvarez.

LA CEPEDA ES BELLA, NO PERMITAMOS QUE SE VACÍE.

SUMARIO

Edita y dirige:
¡VALDEMAGAZ VIVE!

Portada:

Autor: *Benito Álvarez Fdez.*

Fotografías:

Autor: *Benito Álvarez Fdez.*

Nota:

La revista PASARELA respeta la libertad de expresión de sus colaboradores en los artículos, pero no necesariamente tiene que coincidir ni avalar sus opiniones

VOLVER NO ES REGRESAR.....	3
<i>Juan Carlos García</i>	
EL VALBANERA: EL TITANIC DE LOS POBRES.	6
<i>Fernando Lucio</i>	
...Y SE FUERON.....	8
<i>Armando Ramos</i>	
EMIGRANTE A LA FUERZA.....	10
<i>Ignacio Redondo</i>	
LA EMIGRACIÓN EN ASTORGA Y COMARCA.....	12
<i>Gumersindo García</i>	
DOCE DE OCTUBRE DE 1992 EN REPÚBLICA DOMINICANA.....	14
<i>José María García Álvarez</i>	
REPORTAJE GRÁFICO: “Fauna de nuestra tierra”.....	16
<i>Benito Álvarez Fernández</i>	
LOS MEJORES PIMIENTOS DE VEGA. “Relato de ficción”.....	17
<i>David Fernández Sifres</i>	
LAS HUERTAS – LOS HUERTOS.....	20
<i>Francisco y Cristóbal García Cara</i>	
BIENVENIDOS DE REGRESO AL FUTURO.....	22
<i>Luz y Michel</i>	
COSAS DE OTROS TIEMPOS (V).....	24
<i>Antonio García Álvarez</i>	
SONETOS. EL HUERTO.....	26
<i>Ángel Francisco Casado</i>	
EN MEMORIA DE ENRIQUE GARCÍA GONZÁLEZ.....	27
<i>Porfirio González</i>	
CONTRAPORTADA.....	28
<i>Benito Álvarez Fernández</i>	

SOMOS CEPEDANOS

BLOG DE VEGA MAGAZ: vegademagaz.blogspot.com.es

(Autor: *Juan Rojas Escribano*)

Juan Carlos García

A mediodía un tren se detuvo en la estación de Vega-Magaz. Segundos después se abrieron las puertas y bajó un tipo alto y estilizado, de unos sesenta años. Vestía una gabardina blanca, impecable, que le cubría casi todo el cuerpo y apenas dejaba ver unos pantalones de campana color rojo y unos botines negros. Tenía una imagen muy pulcra. Por su aspecto no pasaba desapercibido en cualquier lugar, pero menos en Vega. El tren se puso en marcha. El permaneció quieto unos instantes mientras miraba alrededor. Después sacó del bolsillo unas gafas oscuras que le cubrían casi toda la cara. Se puso un sombrero tipo fedora y comenzó a caminar. Como equipaje llevaba solo una mochila negra colgada de su hombro izquierdo. Miró al cielo. Era un claro día de otoño. Parecía tenso, alterado. No podía evitarlo. Después de cincuenta años, Nico volvía al pueblo que le vio nacer. Como casi todos los chicos de su generación, dejó el pueblo buscando la recompensa de una vida mejor, anonimato, libertad.

Los recuerdos de su infancia en ese momento le producían un sabor agrídulce. Había sido feliz en Vega, y no estaba idealizando esa etapa de su vida tamizada por el paso del tiempo; pero ahora ya no era el que fue, y pensaba que quizás había sido una mala idea volver, mirar al pasado. Quizás sería decepcionante, consciente que es emocionalmente arriesgado volver donde se ha sido feliz. No tenía una expectativa concreta, solo quería satisfacer esa



curiosidad perenne de sentir otra vez sensaciones lejanas.

Apenas comenzó a caminar, se percató que habían desaparecido de repente los soniditos estridentes de su wasap. Se había quedado sin cobertura. Contempló las tierras al otro lado de las

vías. Estaban baldías, secas. Algunas hierbas llegaban a la altura de las copas de algunos manzanos. Antes de llegar al paso a nivel, por las básculas, giró a la izquierda y subió la cuesta hasta la última casa del barrio de arriba. Se quedó impresionado al observar que todas las casas estaban cerradas a cal y canto. No vio a nadie. Vega le pareció un pueblo fantasma.



Después bajó lentamente mirando a ambos lados de la calle, entre el silencio y la soledad. Un lebrél le seguía hacía un rato a cierta distancia, desde que abandonó la estación, como si fuera un centinela. Al

A mediodía un tren se detuvo en la estación de Vega-Magaz. Segundos después se abrieron las puertas y bajó un tipo alto y estilizado, de unos sesenta años. Vestía una gabardina blanca, impecable

cruzar el paso a nivel vio dos señoras hablando a la puerta de una casa, pero no las reconoció. Demasiado tiempo. Las saludó amablemente, pero ellas no contestaron; más bien le miraron con desdén. Pensarán que vengo de Marte, se decía para sus adentros, quizás por su vestimenta. Al llegar al río se giró a la izquierda hasta las escaleras del bar que recordaba en otros tiempos, pero ya no había bar. Entonces recordó que al lado había una barbería y un banco. Rememoró a Leonsino, que tantas veces le había rasurado su pelo. Siempre se lo dejaba al cero.

A Nico le venían muchos recuerdos. Por momentos estaba angustiado. Aquel bullicio de antaño, de aquellos negocios florecientes, de un pueblo aglutinador de servicios de la comarca. Las buenas fiestas de San Pedro y San Roque. Aquellas bonitas casas, ahora en estado de derribo. Aquel río vigoroso, abundante, con truchas, bogas, barbos, parecía un

reguero cualquiera con aguas embalsadas en algunos tramos. Sus aguas habían perdido la fuerza al tiempo



que ese pueblo había perdido el “punch” vivencial.

Mientras caminaba se daba cuenta que le observaban tras las ventanas. Al devolver la mirada, entonces cerraban las contras, dándole la espalda. El lebre, unos metros detrás, parecía la única compañía que tendría en su paseo por el pueblo. Luego bordeó la iglesia nueva. Le reconfortó verla en tan buen estado de conservación, como la recordaba. Nico también había conocido la vieja iglesia donde le bautizaron. Luego quiso darse una vuelta por las escuelas, recordando al maestro. A pesar de que había olvidado su nombre, sí recordaba sus enseñanzas. “Estudiad

Mientras caminaba se daba cuenta que le observaban tras las ventanas. Al devolver la mirada, entonces cerraban las contras, dándole la espalda. El lebre, unos metros detrás, parecía la única compañía que tendría en su paseo por el pueblo

para ser hombres de provecho”. —les decía el maestro. Allí se sentó a descansar sobre un gran tronco de madera y pensó en la expresión de moda; ese “palabro” tan manoseado por los políticos. “La España vaciada”. Estaba justo frente a esa desolación. Las dos escuelas eran las culpables de la España vaciada. Pero ¿podía él hacer otra cosa? —se preguntaba. A su padre, que trabajaba en la RENFE, le trasladaron a Barcelona. Habían emigrado con la decadencia del pueblo. Él recordaba aquellos momentos. Estaba contento de poder ir a otro lugar y aspirar a un futuro mejor y recoger el fruto de sus estudios. En Vega las cosas se habían hecho bien. La mentalidad era dejar de labrar esa tierra ingrata, cuya suerte dependía de una mala tarde de granizo o una helada a destiempo. Todos

aspiraban a trabajar en una oficina u otro lugar eludiendo sobresaltos. Era como dejar de vivir a la intemperie. Por eso todos habían estudiado y luego se fueron. ¿Qué profesión podría ejercerse en Vega?, pensaba.

Luego siguió caminando hasta una casona repellada en color tierra. Se hizo un *selfi*. Era la casa donde había nacido. Después cruzó la calle y entró en la casa de enfrente, por el corral. Las puertas grandes estaban abiertas. Se quedó observando una vieja vespa de un color indeterminado, parecía que había sido verde claro algún día. Alguien salió al patio. Nico se quitó las gafas y el sombrero. —¿no me reconoces, Manolo? Se dieron un gran abrazo. En ambos se agolpaban los recuerdos de una infancia. Sonreían mientras se miraban. No decían nada.

Manolo se había quedado en el pueblo con el pequeño negocio de sus padres, que compaginaba con el cultivo de algunas fincas. Le había ido bien. Nico le contó que era un modisto muy conocido en Barcelona. Estaba de paso. Solía volar todos los años a La Coruña para el festival de Moda Galicia, pero este año había decidido coger el Alvia, y hacer una parada de cuatro horas y volver a ver el pueblo. Nico tenía la intención de almorzar en algún bar, pero ya no había ninguno,



así que se quedó a saborear la fabada que tenía en casa de su amigo. Hablaron sin parar de esto, de aquello. A los postres decidieron repetir el ritual de antaño. Manolo cogió un racimo de uvas y lo ató con una cuerda sobre una rama del viejo roble del corral. Juntos, sentados, iban comiendo las uvas como cuando eran niños. ¿Tienes hijos?—preguntó Nico. No me casé, dijo Manolo. ¿Y tú? Nico se quedó pensativo un momento, luego le contó que era homosexual. Tengo un amigo en Barcelona —dijo. Manolo comprendió que quizás lo mejor para su amigo Nico, era vivir en una gran ciudad para tener intimidad. Ser más libre. Pronto el racimo se quedó en el esqueleto. Nico desató la cuerda y la guardó en un bolsillo. Me la quedo de recuerdo —dijo.

Parecía que el tiempo se había detenido. Eran dos hombres que por un momento volvieron a ser chiquillos. Recobraron las mismas sensaciones que

Los tiempos cambian para todos, pensaba. No es bueno ni malo. Solo es diferente

entonces. Nico se sintió como en casa, porque en cierto modo Vega lo era. En su alma el origen seguía pesando más que su desarraigo.

La vespa arrancó. Nico iba de paquete. Fueron a la *palerina*, donde antes había una pradera ahora profanada. En su lugar había un campo de cemento vallado para básquet. Luego giraron hasta *lagunas*, por una carretera nueva, que bordeaba el pueblo y unía Zacos con Magaz; quizás lo único que había cambiado en tantos años. Nico quiso ver el río y la vespa les llevó hasta la pradera detrás del molino, frente a *casardamo*. Se sentaron al borde de un pequeño arroyo. Era lo que quedaba del río Porcos. ¡Qué



momentos de pesca de aquellos días interminables en aquel lugar!

¿Qué sabes de Marce? —preguntó Nico. Manolo tardó en contestar un poco. Tragó saliva, le miró y le dijo: murió. Hubo un silencio de duelo. Las lágrimas se apoderaron de ellos, que miraban al frente hacia ninguna parte, llorando la pérdida. Habían pasado muchas cosas en cincuenta años. El pueblo en apariencia no había cambiado para Nico, pero todo había cambiado para las personas, para sus vidas.

Después oyeron un gran estruendo. El ruido les era familiar. Estaba pasando un tren de mercancías a poca distancia, y eso les devolvió al presente.

Aunque Manolo quería acompañarle, Nico prefirió volver solo a la estación. Estaba bien así. Las despedidas traen soledad, y esa soledad no se puede compartir. Se abrazaron y se intercambiaron los números de teléfono y el e-mail. De camino a la

estación, Nico saludaba muy afablemente a las pocas personas que se encontraba a su paso; pero no era correspondido. Definitivamente pensó que no era bienvenido; no le consideraban de los suyos, a pesar de que Manolo le contó que en Vega siempre eran bienvenidos los urbanitas vegetarianos o veganos reconvertidos en apicultores, agricultores, alfareros, y algún que otro escultor; entusiastas que, cansados de los atascos y el estrés de la gran ciudad, habían decidido cambiar de vida. Pero él era un emigrante. El ya no encajaba. Por su apariencia no le saludaban.

Los tiempos cambian para todos, pensaba. No es bueno ni malo. Solo es diferente. Los hijos de su generación en Vega tenían preparación para mejorar el nivel de vida, para emigrar. Nico pensaba que todos los que se fueron cogieron el tren del futuro a tiempo, y a tiempo llegó él a la estación.

Allí estaba el lebrél esperándole. Mirándole, merodeando a su lado. Nico se acercó, le acarició; se acordó que llevaba consigo la cuerda del racimo de uvas. Se la puso al cuello a modo de correa y lo adoptó. Lo subió al tren, pensando en el nombre que le pondría a su mascota. El Alvia se puso en marcha. Desde la ventanilla echó un ligero vistazo al exterior casi de reojo, como no queriendo mirar más a su pasado. Fue solo un instante. De pronto su teléfono empezó a dar pitidos. Había vuelto la cobertura, al presente, a los wasap, a su vida de artista, de creativo de la moda. En dos horas llegaría a su destino. ■

Mi abuelo llegó en un barco, pero se trajo la luna dibujada en un pañuelo que un día colgó en mi cuna. (Liuba María Hevia)

Más de 40 millones de europeos emigraron a América entre los años 1880 a 1930. Sólo la ciudad de Nueva York registró un movimiento de personas de 28 millones a lo largo de estas cinco décadas. En España entre cuatro y cinco millones de personas se embarcaron en el sueño de **hacer la América**. Los historiadores han nombrado a esta época como el gran boom de la emigración. Estas cifras se nos hacen muy difíciles de comprender, tal vez un ejemplo nos ayude un poco. Imaginad que nuestro país en cincuenta años se hubiera trasladado en su totalidad a otro país a otra nación.



Esta gran emigración de personas de Europa a América hubiera sido imposible sin los medios técnicos de transporte en los grandes barcos de vapor, y el constante esfuerzo del hombre por mejorar, sus sueños de fortuna, y la búsqueda de un futuro mejor para su familia. Todas estas condiciones se daban en aquel momento. América necesitaba mano de obra para los grandes proyectos industriales y agrícolas y ofrecía un mundo

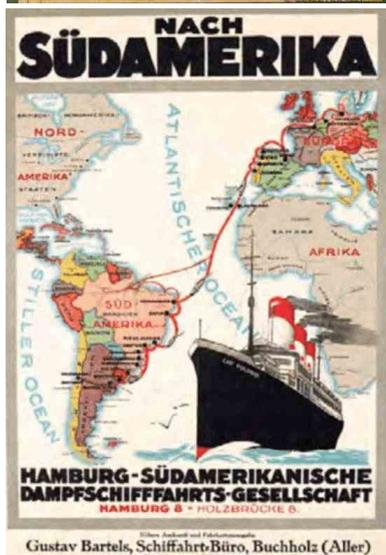
de oportunidades a las clases obreras y las gentes del campo europeas. La guerra en España con Marruecos (1909) y la Primera Guerra Mundial (1914) y las grandes hambrunas del campo, hicieron que muchos jóvenes y familias pensarán y creyeran que la emigración era una salida. Esta coplilla lo explica muy bien: *¡Para la Habana me voy, madre, a comer plátanos fritos, que los pobres de aquí, son esclavos de los ricos!*

Esta fiebre migratoria tuvo una repercusión muy importante en nuestras tierras leonesas. Unos doscientos mil leoneses embarcaron hacia Cuba, Río de la Plata, Brasil. Las provincias de Zamora y Salamanca estaban incluidas administrativamente en este número de emigrantes. Los leoneses teníamos una tierra prometida y esa era Argentina. Pero, qué características tenía esta emigración leonesa? En primer lugar, hemos de decir que esta migración procedía de muchos lugares de España: vascos, catalanes, andaluces, canarios, gallegos y leoneses. La mayoría de los emigrantes leoneses eran hombres y mujeres de campo, de pueblos de tierra y paciencia, de sudor y de trabajo.

La procedencia de estos emigrantes marcaba las rutas o escalas de los grandes barcos de vapor en su navegación a Cuba, Argentina, Montevideo, Venezuela, Brasil, Méjico. La ruta mediterránea arrancaba en Barcelona, Valencia, Cádiz, Canarias y la ruta leonesa comenzaba en León, Astorga, Vigo o La Coruña terminando en Río de la Plata. El puerto de Santander fue otro centro de embarque, aunque de menor importancia.

La duración del viaje venía siendo de 18 o 19 días, y el precio del pasaje de tercera clase 221 pesetas, medio pasaje 111 pesetas (2 a 10 años) y menores de 2 años, uno gratis por familia. Si sumamos estas cantidades, el coste del pasaje para una familia era casi imposible de pagar, había que vender todo, ponerse en manos de prestamistas-agentes y lanzarse en búsqueda de un futuro incierto. Por estos motivos económicos, los hombres solos, jóvenes y aptos para el trabajo, fueron algo más del 80% del pasaje de los barcos. Victoriano Crémer ponía en boca de uno de estos emigrantes estas palabras: llegamos solos, con más ansias que dinero. Con anuncios

en la prensa local y con agentes captadores por parte de las compañías navieras en algunos pueblos fomentaban la emigración y el pasaje en barco como un camino al paraíso... Sabemos que existían captadores en Quintanilla de Somoza en la Maragatería, Vegarrienza y Láncara de Luna en la Montaña, Villafranca en el Bierzo. En la Cepeda teníamos un agente-captador en Brañuelas para una compañía naviera alemana. Estos agentes preparaban los papeles oficiales,



Permiso de emigración, organizaban el viaje y la estancia de las personas en los puertos de Vigo y La Coruña y finalmente el acceso al barco. Muchas de las tropelías y las estafas a los emigrantes están recogidas en las actas de los Inspectores de Emigración. Una de estas actas informaba: *Hay barcos, sucios y viejos, que tienen capacidad para más de mil emigrantes y llevan material de salvamento escasamente para doscientos, Y como son barcos que el día menos pensado se parten en medio del mar, inútil es decir la suerte que les aguardará a los desdichados que vayan en ellos. Palabras que fueron premonitorias de algunos de los hundimientos de los barcos de vapor.*



El Valbanera era uno de los barcos más activos en el traslado de emigrantes a Cuba, Río de la Plata, Estados Unidos... Pertenece a la Compañía Pinillos con sede en Cádiz. Era un vapor de pasajeros y carga. Las condiciones higiénico-sanitarias de los espacios del barco para emigrantes eran muy deficientes. En el mes de Julio de 1919, el periódico barcelonés **La Vanguardia** informaba de un viaje del Valbanera en estos términos: El vapor embarcó en La Habana 2000 pasajeros, teniendo solamente cabida y camarotes para 800 como máximo, a falta de camarotes se les obligó a viajar en cubierta a la mayor parte de ellos. El viaje duró 14 días y no pudieron cambiarse de ropa ni asearse. A causa de haberles llovido, los viajeros de cubierta han desarrollado enfermedades, asegurando que durante la travesía fallecieron siete personas, figurando 40 personas enfermas de gripe, registrándose dolorosas escenas entre los emigrantes, algunos de los cuales estaban desfallecidos¹.



El naufragio del Valbanera se produjo en Septiembre del 1919 frente a las costas de Florida con 488 personas desaparecidas y nunca recuperadas. Este terrible naufragio fue desde un principio casi olvidado por los gobiernos españoles. Se hablaba como **el barco de los desesperados**, de pobres emigrantes, de pasajeros de tercera clase.

¿Había leoneses emigrantes entre los desaparecidos del Valbanera? Las listas de desaparecidos que he podido consultar no aparecen las provincias o regiones de los naufragos, sabemos que en este último viaje los emigrantes canarios eran mayoritarios. No obstante, este vapor fue muy utilizado por los emigrantes leoneses en su traslado y retorno de América. Una pequeña muestra la tenemos en esta breve nota de prensa: la llegada del Valbanera a Barcelona en 1918 con 600 salmantinos retornados que parecían pordioseros².

Quisiera terminar este trabajo con la oración de un padre por estos emigrantes olvidados en el mar a la Virgen de la Caridad del Cobre³. *Virgen de la Caridad/ Sálvale Virgen piadosa/ A mis hijos y a mi esposa/ A bordo del Valbanera.*

(Letrilla popular de **Gumersindo García**, publicada en 1999 y referida a la época de la gran emigración de cepedanos a América)

Emigrantes, gentes nuestras/ que se fueron hacia América/ y dejaron su “terriña”,/ su casa, padres, hermanos,/ vecinos, gentes amigas.

Para un mundo nuevo y rico./ Un poco tristes salieron,/ y a trabajar todos iban,/ recelosos, y buscando/ dinero y mejor vida.

Fueron muchos que embarcaron/ en tiempos de aquí muy “negros”,/ pocos los que volverían/ al lugar donde nacieron:/ ¡Cuánto de él se acordarían!

Al llegar al desembarco/ se juntaban todos ellos/ pensando dónde se irían,/ y lágrimas muchos de ellos/ por sus rostros correrían. ■

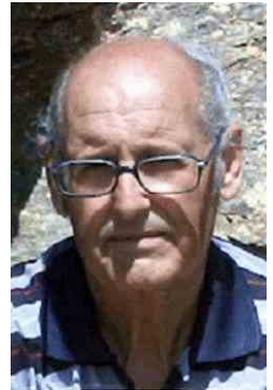
¹ La Vanguardia Hemeroteca. Julio de 1919.

² La Vanguardia Hemeroteca. 1918. León, Zamora y Salamanca formaban una unidad administrativa hasta 1935.

³ Virgen de la Caridad del Cobre. Es la patrona de Cuba desde 1916.

Armando Ramos

Y se fueron, cerca o lejos, pero se fueron del lugar donde nacieron. Muchos eran jóvenes agricultores: se fueron y no volvieron; y se fueron estudiantes para cursar una carrera y no volvieron; y se fueron técnicos ferroviarios, empleados de Telefónica con los cambios operados por las compañías... y no volvieron. Y los que quedaron, no se renovaron, y con el tiempo, los pueblos se fueron apagando, mientras las nuevas técnicas agrarias se iban adueñando del campo. Se vaciaron los pueblos de sus moradores mientras la naturaleza se ha ido adueñando de montes, valles y campos.



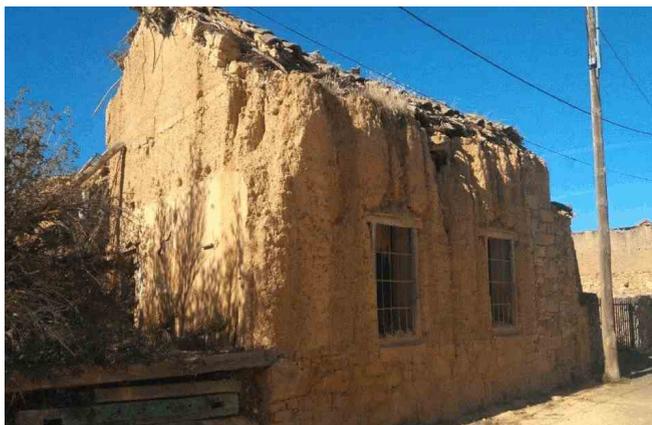
Es lo que los estudiosos llaman “el éxodo rural” de la segunda mitad del siglo XX. Visto ahora, desde la distancia, observamos a nuestras aldeas con tristeza... y sin esperanza: no ha habido renovación generacional; año tras año se acentúa el descenso de la población... ¿hasta cuándo?; tan solo ya quince o veinte personas permanecen en sus casas todo el año, y el censo va a menos... hasta que se apague del todo.

Migraciones: emigración, inmigración

Los medios hablan de migrantes, emigrantes, inmigrantes... Pero empleemos los términos exactos si nos queremos entender: no hay migrantes, pues solo migran las aves; las personas se van, se desplazan; unos emigran hacia otro país que no es el suyo; otros inmigran, entran en un país que les acoge. En España, en el siglo XX, fue intensa la emigración hacia Hispanoamérica primero, y hacia Europa después; hoy, aquí, en España, entran muchos inmigrantes, tanto de forma legal como ilegal

Nuestra tierra, con el éxodo rural, se vació de forma imparable

Pero hablemos de nuestra tierra, de nuestros pueblos —que son más bien, aldeas—. Y, en primer lugar, ¿por qué se fueron nuestras gentes con el fenómeno conocido como éxodo rural? Lo sabemos, todos lo sabemos, pero precisemos: ya antes de mediados del siglo XX, el mundo rural siente que no ha evolucionado, y choca frontalmente con el progreso económico del mundo urbano; sobra mano de obra en el campo frente a la mecanización creciente; faltan manos en las ciudades para desarrollar una economía en marcha creciente que atrae a la juventud campesina con promesas de poco trabajo y buenos sueldos, ocio y seguridad...



Aunque, bien es verdad, no todos los que se fueron se dedicaban a las labores del campo. Los jóvenes con

estudios solo podían desarrollarse fuera, en lugares donde podían ampliar y ejercer sus capacidades; los empleos que el ferrocarril había ofrecido hasta entonces a algunos trabajadores y técnicos especialistas se derrumbaron tras la caída de la actividad en las estaciones y en el mantenimiento de las vías. En otros lugares, el cierre de la escasa minería forzó la desbandada de los mineros y sus familias que buscaron mejor refugio en otros lugares... Y así, la ya escasa población de nuestros pueblos iba mermando sin remisión...

Un modelo acreditado y conocido, el que se puede mirar como en un espejo toda la Cepeda, es el de

Valdemagaz: Ayuntamiento en Magaz de Cepeda, y otros cinco pueblos dispersos por los valles del Porcos y del Rodrigatos; ambos ríos confluyen a la entrada del angosto valle de Congosto. Seis pueblos que, actualmente, durante el crudo invierno, no superan los veinte habitantes cada uno. Recordando un pasado no muy lejano, sabemos que, en 1955, este Ayuntamiento estaba poblado por 1887 personas. Desde entonces, el goteo en el descenso ha sido constante, llegando el censo en la actualidad a poco más de 300 personas empadronadas.

Las causas de este descomunal hundimiento de la población ya las conocemos y las hemos asumido. Nos interesa ahora observar a dónde se instalaron los que se fueron. Los datos del libro “*Los que se fueron de Valdemagaz*” nos ayudan a disponer de una visión clara del fenómeno. Unos pocos no se fueron lejos, pues pasaron a engrosar las

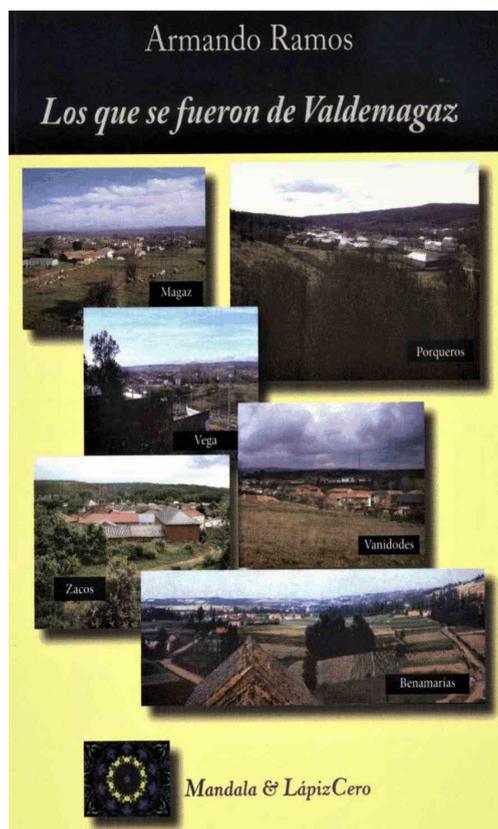
poblaciones cercanas, como Astorga (al menos 153 personas); la capital, León (141 personas); otros lugares de la provincia (195 personas). En Madrid (capital y Comunidad) se instalaron cerca de 300 personas procedentes de Valdemagaz.

El tiempo y el abandono de los que ya no están se ceban en los edificios... También otras comunidades autónomas recibieron muchos de los que se fueron de Valdemagaz, como Asturias (78), País Vasco (78), Cataluña (105). El resto de las comunidades autónomas (116). Son datos conseguidos y concretos, no exhaustivos. Estos son los que finalmente se quedaron en la península. Otros muchos emigraron o se instalaron, definitiva o provisionalmente, en diversos continentes y Estados del mundo: Argentina recibe más de 30 valdemagacitanos, Francia (15), Suiza (15), Reino Unido (10). En total, los que emigraron a Europa fueron más de 50; a América (con Argentina) unas 50 personas; una se fue a Australia, dos a África y una a Asia (Oriente Medio). En toda la Cepeda, ese censo se amplía de forma considerable, aunque faltan datos para concretar.



El abandono de un pueblo casi vacío

Como ya tenemos constancia, a los que más les afectó el éxodo rural fueron los agricultores, las gentes del campo. No obstante, fuera de su ambiente campesino, los valdemagacitanos diversificaron considerablemente su labor y empleo en su nuevo asentamiento. El sector comercial, hostelero e industrial acogió a cerca de 300 personas; pero también otros muchos se dedicaron a la enseñanza (60), o al sector sanitario (36), a la construcción (45), al funcionariado (52), a los servicios diversos (150), a la automoción y transporte (40)...



Es de destacar el abultado número de ingenieros, diplomados, licenciados, periodistas, profesores, técnicos especializados... los nacidos aquí, en Valdemagaz en esa época y que después todos se fueron. Muchos de ellos han destacado en el mundo de la economía, de las finanzas, de la Administración, del periodismo, de la docencia; otros crearon empresas importantes que han dejado huella.

¿Retornados? Sí, también los ha habido, sobre todo desde Europa, pero en realidad no volvieron a establecerse donde estaban sus raíces. Incluso, algunos, por varias razones, han vuelto con sus hijos a España, aunque no al pueblo de donde se fueron.

Las consecuencias de tanta huida, tanta emigración son tan visibles en la actualidad que el término de “tierra vacía” es ya una realidad concreta con la que nos topamos cuando nos acercamos a nuestros pueblos cepedanos.■

Ignacio Redondo

En realidad la emigración, sobre todo en nuestra comarca, buscaba dejar atrás la pobre subsistencia en la que se vivía y salir hacia países o ciudades donde, por el crecimiento económico de aquellos años se podía prosperar. Mi salida hacia África tiene un matiz diferente que a lo largo de este texto trataré de exponer.



Corría el año 1966 y un servidor fue llamado a filas formando parte del reemplazo de ese año y poco después, concretamente en enero de 1967, ya me enviaron a Sidi Ifni, en el África Occidental Española, precisamente donde nueve años antes había tenido lugar una guerra que aquí, en España, no fue debidamente conocida, tal vez porque no se dio toda la información o la que se dio fue insuficiente. A esa guerra le llamaron “la guerra olvidada” y, peor aún, también le llamaron “la guerra de las zapatillas” porque los soldados españoles de la quinta, por no tener no tenían ni botas. El armamento no era mucho mejor que las zapatillas; obsoleto y procedente en algún caso de la primera guerra mundial. Pudo producirse otro desastre parecido al que, desgraciadamente, ocurrió en Annual. Esto que digo no es opinión personal, es lo que me contaron muchos compañeros que lo vivieron pues yo hice la mili en Tiradores de Ifni y este cuerpo estaba formado por tropas mixtas de indígenas profesionales y soldados españoles de reemplazo. En esta guerra combatieron también tropas profesionales como la Legión y los Paracaidistas. Desconozco las razones pero a raíz de esta guerra España abandonó casi todo el territorio que ocupaba y solo mantuvo la capital, Sidi Ifni, y un círculo

la emigración, sobre todo en nuestra comarca, buscaba dejar atrás la pobre subsistencia en la que se vivía y salir hacia países o ciudades donde, por el crecimiento económico de aquellos años se podía prosperar

defensivo a su alrededor. Precisamente en esta línea defensiva hice yo la mili.



Cuando, posteriormente, en el año 1969, España entregó este territorio a Marruecos, se exhumaron los restos de los soldados católicos muertos en la guerra y fueron llevados a Las Palmas donde reposan en un modesto panteón. En este país donde se hacen tantos monumentos, nadie se ha acordado de aquellos muertos que dieron la vida defendiendo a su país y quedaron tan olvidados como aquella guerra.

La diferencia fundamental de mi servicio militar con la emigración es que, normalmente, a esta la empuja la necesidad y a mí me llevó la ley de reclutamiento vigente en aquel momento que no fue derogada hasta el año 2001. Por cierto ya era hora, pues mi abuelo, Mateo, hizo la guerra de Cuba, mi padre, Ignacio, la guerra civil del 36 y a mí me llevaron directamente



a la frontera con Marruecos donde, aunque no hubo tiros, si hubo temor de ataques sorpresa y vivimos momentos de mucho riesgo. Me alegra mucho que mis hijos no hayan tenido que cumplir con este mandato.

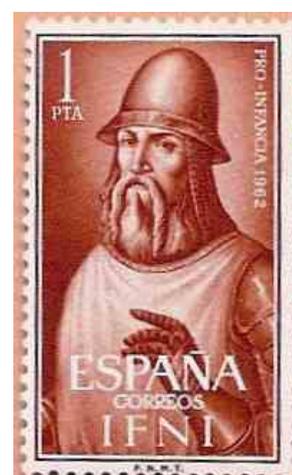
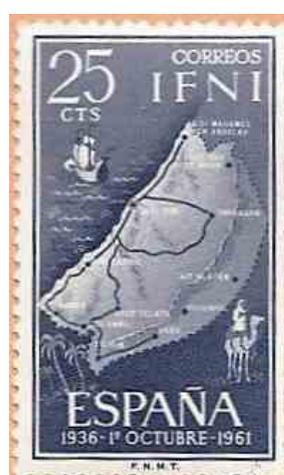
Y paso a contar escuetamente, por razones de espacio, como transcurrió mi vida durante aquellos meses, más de un año, en África. Nos llevaron desde Sevilla en unos aviones viejos que por no tener no tenían ni asientos. Era la primera vez que yo subía a un avión y tuve una experiencia verdaderamente grata. Asomé por una ventana y pude ver el golfo de Cádiz y el estrecho de Gibraltar como los había visto en la Enciclopedia en la escuela de mi pueblo. Llegamos a África y estuvimos algo más de dos meses en un campamento, viviendo

hacinados en tiendas de campaña y aprendiendo a ser un soldado. No era buena vida, sofocante calor, comida regular, mucha instrucción y sin poder salir ni de paseo en todo este tiempo. Desde allí, en un camión, nos llevaron directamente a la frontera con Marruecos, viviendo bajo tierra, sin luz eléctrica y casi sin agua. La primera noche me pusieron de guardia en la alambrada y un sargento me dio las instrucciones oportunas. Con el arma cargada de balas, una mochila con cuatro granadas y todo el miedo del mundo metido en el cuerpo, me dispuse a hacer la guardia; el sargento me dijo que si venía alguien del lado nuestro había que pedirle el santo y seña pero si aparecía alguien del otro lado, lo primero era disparar y después preguntar. Además como éramos pocos, todas las noches nos tocaba guardia. Piojos casi no había, pero los chinches abundaban aunque con el tiempo llegué a convivir con estos bichos sin demasiadas molestias, acaso lo más desagradable era el fuerte olor que despedían si destripabas alguno que te corriera por el cuerpo. Cuando soplaban el siroco la vida resultaba insostenible tanto por el calor como por la arena que traía el viento. En uno de estos sirocos que pasé en la frontera decían que en la capital el termómetro había llegado a los cincuenta grados.



En la frontera, donde estábamos, aún era peor; recuerdo que nos llevaban agua por la noche y permanecíamos todo el día en los habitáculos excavados bajo tierra porque resultaba imposible vivir fuera tanto es así que metíamos la camisa en un cubo de agua, la poníamos mojada y a los pocos minutos estaba completamente seca. Sólo vi llover una vez, pero lo hacía con tanta intensidad que dejó las pistas y caminos impracticables lo que representó para nosotros trabajo extra a pico y pala para restablecer la circulación de vehículos y todo esto además de la intensa instrucción diaria. Estábamos advertidos del peligro que suponían las serpientes y los escorpiones. Como no había luz leíamos con velas, eso los que leíamos porque yo estaba en una compañía de analfabetos; nunca me imaginé que en España hubiera tantas personas que no supieran leer. Nuestra única ilusión en aquellos días era divisar el avión de Iberia porque esto representaba que podíamos recibir cartas y periódicos; como algún día hubiera niebla y el avión no pudiera aterrizar, nos invadía la tristeza. En este tiempo ascendí a cabo y poco después a cabo primero lo que supuso un cambio radical en mi economía puesto que desplazado a la frontera cobraba 75 pesetas diarias que me servían para bocadillos, cerveza, tabaco, etc., pero no para poder venir de permiso pues, para esto, era necesario disponer de cinco mil pesetas que era lo que costaba el avión pues no había otro medio de viajar y solo algún privilegiado podía hacerlo. Con mi ascenso a cabo primero pude pedir destino en las Islas Canarias y allí pasé, mucho mejor que en África, los últimos meses de mili. En el transcurrir de mi servicio militar en Ifni no todo fue negativo pero hubo poco de bueno, tal vez lo único motivador era que teníamos veinte años y nada ni nadie podía quitarnos la alegría de ser jóvenes.

El hecho de hacer la mili en un lugar donde recientemente había tenido lugar una guerra llenó de inquietud a mi familia y supuso para mi incertidumbre y temor. Con el tiempo pude comprobar que esos sentimientos estaban muy justificados. ■

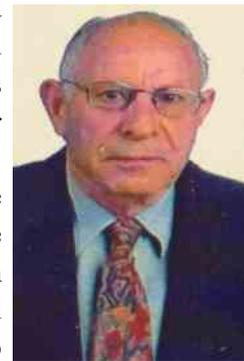


A todas las personas que en contra de su voluntad, por una u otra causa, han tenido que abandonar sus raíces.

He pensado que sería interesante para nuestra querida Revista este reportaje o artículo sobre la **Emigración de Nuestra Comarca** desde el descubrimiento de América por Colón; para tener un conocimiento sobre ella, narro lo que ha representado la misma, a mi ver, para los cepedanos. El descubrimiento, la conquista y colonización de América para los españoles fue un polo de atracción desde sus inicios.

España atraviesa en los últimos años del siglo XIX una lenta agonía perdiendo los vestigios de su imperio colonial, que fue declinando paulatinamente en luchas estériles para vivir, sin más ambición que su “medro personal” de unos políticos ineptos en muchos casos o ambiciosas en otras incapaces de cambiar el signo de nuestra decadencia. Nuestra nación, se convirtió, según diagnóstico acertado de algunos de sus hombres esclarecidos de la generación del noventa y ocho en esta nación alicaída y sin pulso. En este “Caldo de cultivo”, se fraguaron las numerosas emigraciones a América latina por el idioma, mostrando sus preferencias por Argentina, Cuba, etc. Pero si es verdad que aquí podemos “palpar” el triunfo de muchos de nuestros compatriotas o acierto, como mi padre, a países que pasaban una etapa brillante. Puedo poner como ejemplo a mi tío Nicolás, hermano de mi madre que seguidamente desde Argentina pasó a Estados Unidos; hombre inteligente, regresando con grandes conocimientos y estudios de Técnico Electricista que le valieron para hacer progresar a nuestro pueblo y región. El pueblo supo agradecer su interés, asignando su nombre a nuestra Plaza Mayor: “PLAZA DE NICOLÁS CABEZA”. El reloj del tiempo, estaba parado en Sueros y en toda La Cepeda. Por eso no es de extrañar que este fenómeno haya provocado cambios importantes en la época y en el pueblo. Puedo contar que a veces, se dirigía al pueblo para mostrarles ciertos adelantos que desconocían: Uno de ellos fue lograr montar un aparato de radio adquiriendo a falta de la luz eléctrica unas baterías, como las de nuestros coches, hoy día. Yo llegué a conocerlas así como las enormes antenas, cuya instalación del aparato construido ocupaba casi una habitación. Reunió al pueblo en la escuela mixta, que regentaba su esposa y mi tía Valentina ya en propiedad con enormes antenas y les advirtió: “Vais a tener la

oportunidad de oír las palabras de su majestad Alfonso XIII en su discurso anual”. Y muchos de los asistentes, no concebían poder oírlo a cientos de kilómetros. Incluso algunos opinaban que “tendría a alguien escondido que las pronunciara... No conocían la radio en la práctica --- El progreso apenas había tomado contacto con nosotros. Un pueblecito, naturalmente bello, eso sí, recostado melancólicamente en la ribera del no menos bello río Tuerto, a falta entonces de agua abundante para el riego como hoy, por no existir el Pantano de Villameca. Una lumbre de fuego sobre un llar de piedra que se producía con nuestros propios brezos o “tuérganos” autóctonos y sus urces que hacían también de calefacción a la casa. Es esta una crónica que emerge de lo que en este tiempo era su diario de vivir que les ha ido aconteciendo como es de esperar, de seres “primarios” y que se han movido inmersos en la naturaleza.



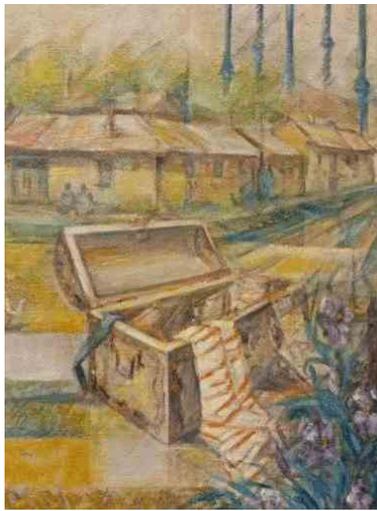
Coincidió que al regresar mi tío en 1920 de Estados Unidos había sido adquirido un “salto de luz” en el pueblo no lejano de La Garandilla, por Santos Núñez, de Vega Magaz, que a la vez era primo hermano de mi madre y de mi tío Nicolás. Esta coincidencia y al enterarse Santos de sus conocimientos eléctricos solicita de éste una revisión y visita a dicha central que aceptó familiarmente con mucho gusto, cuya centralilla daba luz solo por las noches a San Feliz de las Lavanderas y Castro de nuestra Cepeda, por ser de allí los anteriores propietarios. Esto dio lugar a un cambio enorme para un mejor servicio llevando la fuerza hasta Sueros, y ampliar así el día.

Por centrarnos en La Cepeda, ya en los primeros años del siglo XVI tenemos documentación en el Archivo de Indias (Sevilla) de 1503 donde están registrados dos pasajes para un matrimonio de Sueros formado por Hernando y Leonor en concepto de “criados”, que no eran lo que consideramos en la actualidad, más bien eran personas que acompañaban a personajes importantes tanto civiles, militares o eclesiásticos.

En los albores del siglo XX un grupo de la comarca, entre ellos mi padre, pudieron considerarse como arquetipo que crearon fortuna al escoger el país de Estados Unidos como mayor prosperidad,

olvidando a Cuba y Argentina de nuestro mismo idioma. Y siempre me informó de tal acierto, por lo que en pocos años logró lo que humanamente pensó para lograr su futuro.

Como anécdota puedo decir que a los cinco años de estancia en Estados Unidos pensó regresar a España por



Baúl utilizado normalmente por los emigrantes cepedanos a principios del siglo XX.

Óleo de Benito Escarpizo (Detalle)

motivos del servicio militar y como era lógico, volver. Y es curioso que al llegar a Astorga para entregar y cambiar su dinero, el Director del banco no se lo admitió, por tratarse de un muchacho joven y tanta cantidad, exigiéndole alguien que lo garantizara. Mi padre se acordó de su antiguo patrón y propietario de la Fábrica de Chocolates que visitó entonces y ya en Astor-

ga y le contó el caso. Y D. Lorenzo Cabeza, como buen negociante y emprendedor, muy gustoso lo acompañó y presentó al director como persona de muy buena familia y respondiendo a favor de mi padre, que ya había trabajado para él y lo conocía desde que nació. Según mi padre, cuando llegó a Estados Unidos ingresó en la fábrica de autos CHEVROLET ganando cinco dólares diarios en su primera mensualidad y “se quedó asombrado por ser una cantidad tan elevada”. Claro, el Sr. Cabeza al ver la cantidad de que se trataba lo llevó a ver una o dos casas en el centro de Astorga, aconsejándole comprarlas y que no precisaría ya trabajar con sus rentas. Mi padre no lo aceptó, manifestándole que ese dinero se lo entregaría a su padre como el mayor de diez hermanos todos menores y facilitándole la emigración, pasaje etc. sin impedimento. Mi abuelo no quiso cogérselo y sí un baúl muy grande lleno de ropa para todos los de casa. No es que fuera una cantidad excesiva pero en aquella época una barbaridad como se puede apreciar en los salarios aquí y de allí; de tres pesetas diarias en Astorga en una fábrica a cinco dólares no pesetas) en Estados Unidos; al mismo tiempo llevó a sus dos hermanas mayores a Astorga y las vistió sin el pañuelo a la cabeza y las sayas de entonces. Les facilitó a una un restaurante para aprender cocina y a la otra a aprender corte y confección llegando a modista que era lo que le gustaba. Y así a los hermanos que les seguían. A lo largo de los siglos de la Colonización fueron muchos los leoneses que se marcharon a América

a probar fortuna. La Cepeda era un territorio pobre y sus gentes vivían en precario, las familias eran numerosas y las salidas no eran otras que la Iglesia o el Ejército y por supuesto la emigración si disponían de algún dinero.

Como algo curioso, hace 120 años el periódico de Astorga “El Adalid” publica un anuncio ofreciendo pasaje gratuito a labradores con destino a Brasil y Panamá. En Sueros está suscrito a este periódico José Martínez (Chapas) quien lo hace público, saliendo al poco tiempo hacia esos países el tío Felipe y dos vecinos más.

Desde el punto de vista cuantitativo, figuran como tales 1419, lo que representa el 17 por ciento de los emigrantes castellanos antes del año 1.600 y a partir de aquí, Astorga registra más del 70%; más que el resto de localidades

La emigración como estrategia familiar

Cualquier historiador en aquel tiempo, siglos XIX y XX conocería, sin dificultad que el fenómeno de la emigración europea, era uno de los hechos más significativos. Por ello, no es de extrañar que haya provocado una fecunda corriente histórica en el campo de la historia económica o la historia social. Cada vez son más los historiadores que han llamado la atención tanto interna como externa con el exterior. A pesar de que en la mayoría de los casos a finales del XIX, la emigración está compuesta básicamente de individuos solos más que por familias completas, estrategias para afianzar los ingresos familiares y evitar así el deterioro de su nivel de vida. En este caso anterior, se hace obligada una pregunta: Todos estos emigrantes



Grupo de emigrantes cepedanos a Argentina en 1914

¿se marchan por las malas condiciones de aquí, o en busca de hallar mejores condiciones allí? En el caso de nuestros “protagonistas” Esteban y mi tío Nicolás, está claro que están enfocados a la segunda opción; la relación entre la emigración Europea y los ciclos económicos de Estados Unidos provocó una atracción enorme en aquella época (1900 - 1930). Alguna vez le pregunté a mi padre el motivo de marchar a un país desconocido y me contestaba que era una idea forjada en su último curso con 17 años. Y otra que era el mayor de diez hermanos... Esteban iba más allá y no le importaba el idioma, como a la mayoría. Contaba con cierta cultura y buscaba un país en pleno desarrollo industrial y en donde se unían culturas diferentes... ■

José María García Álvarez

El 12 de octubre del año de 1992 ya hacía más de ocho meses que me encontraba trabajando y residiendo en República Dominicana. Esta fecha tuvo allí un protagonismo y un sentido histórico excepcional, que el pueblo dominicano celebró de una manera bastante diferente a la manera en la que se vivió en España, tal como se refleja en las observaciones que documenté en aquellos días y ahora transcribo:

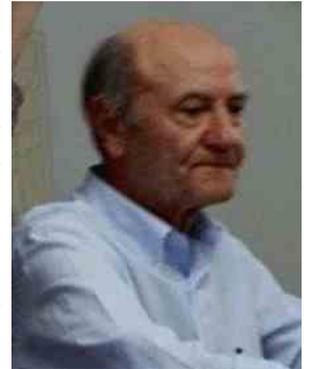
Hace quinientos años, en un día como hoy, llegaron a estas tierras los tres barcos de los primeros emigrantes y descubridores españoles de América. Quizá, gracias a aquella hazaña ahora estoy aquí. En realidad, Colón había pasado delante de las costas de La República Dominicana unos días antes y regresó para desembarcar en este país el día 12.

Tanto en la calle, como en la prensa, radio y TV se están vertiendo un sinnúmero de opiniones interesadas, fanáticas, pasionales, etc. sobre la historia de estos quinientos años. Es evidente la importancia que se concede al descubrimiento, pero en general su interpretación está muy poco meditada, sin razonamientos maduros y lógicos, lo cual origina una gran volubilidad. A veces, algunos parten de bases y supuestos falsos, por lo que los consecuentes razonamientos se hacen todavía más inestables. Sin embargo, apenas surgen aquí discusiones y problemas; tiene suerte este pueblo poco pragmático y tan calmoso que nunca se esfuerza en convencer o discutir con los demás.

La República Dominicana es como un joven en la



pubertad: muy sensible a la influencia de sus padres, la iglesia, la sociedad y los amigos. Vulnerable, pues, a consejos y opiniones no ya coincidentes, sino contradictorias. Creo que así tienen la mente, incluso los intelectuales y políticos. Por supuesto, no todos y el presidente Balaguer es el mejor ejemplo de ello.



Lo incuestionable es que a este país llegaron los primeros emigrantes españoles a América el 12 de octubre del año 1492. Y después, durante muchos años, desde esta isla partieron las expediciones españolas por el resto de América. Por eso esta gesta se ha estado recordando y conmemorando con especial énfasis en República Dominicana en este año de 1992.

En primer lugar en todas las cartas y comunicados oficiales se ha escrito el preámbulo: “Año del quinto centenario de la Evangelización y Colonización”.

Por la misma razón el presidente Balaguer había ordenado construir un costosísimo monumento, inaugurado el seis de octubre de este año, dedicado al descubrimiento y en especial a su protagonista, Cristóbal Colón. El Faro de Colón, monumento cumbre Dominicano, tiene ya una dilatada y controvertida historia. Sin duda es bien conocido en toda Íbero América y, quizás, el presidente Balaguer ha contribuido a ello alimentando la polémica y la propaganda iniciada al justificar esta faraónica obra con los escasos recursos de un país tan pobre.

El proyecto había sido seleccionado en un concurso internacional al que acudieron 45 naciones y un número muy superior de arquitectos. Tiene la forma de una cruz de una longitud de 200 metros, una ancho de 60 y una altura de 30 metros; en su interior alberga, además del extraordinario mausoleo de Colón, un museo relacionado con todas las naciones americanas, incluyendo bibliotecas, documentos y otros objetos históricos. Ubicado en medio de una enorme explanada, el faro también cumple su misión al emitir durante la noche diversos haces de luces al cielo con una potencia de 4.000 kilovatios, con los que dibuja una gigantesca cruz visible en un radio de 60 kilómetros.

Lo habíamos visitado el diez de octubre de 1992, un tanto decepcionados al no poder disfrutar aquella noche de la contemplación de la gigantesca cruz en el cielo dominicano. En dicha visita hicimos de guía turístico de dos periodistas españoles: Paloma Gómez Borrero, corresponsal del Vaticano y Guillermo Orduña, de Radio Nacional de España. Observaban todo con espíritu crítico y respondimos a casi todas sus preguntas sobre lo que estábamos viendo y otros temas relacionados con La Republica Dominicana.

Después cenamos en nuestra casa prolongando la sobremesa absortos con los relatos de los periodistas, en especial de Paloma, que con notoria fluidez verbal y agudas observaciones nos mantuvo muy interesados con anécdotas relacionadas con el papado y el extraño



Vista del Faro de Colón en la ciudad de Santo Domingo

mundo del exorcismo. No he podido olvidarme de aquella velada ni de Paloma, a la que considero la mejor interlocutora con la que he hablado en toda mi vida.

Paloma ha visitado ciento ochenta países, es una enciclopedia en su oficio y su triunfo periodístico está en la sencillez, seguridad, simpatía y cercanía de su discurso ante cualquier público y circunstancia.

Les regalamos sendas botellas de ron dominicano que, según me contaron, Paloma nos recordó exhibiéndolas unos días más tarde en TV española.

Y el día once de octubre de 1992 se celebró el acto cumbre de esta conmemoración, con la presencia del Papa, que tuve la suerte de presenciar y de la que también anoté lo siguiente:

Hoy he visto al Papa: he cumplido un deseo subyacente, pero intenso y real durante casi toda mi vida.

En mi privilegiada situación, a unos veinticinco metros equidistantes entre el Presidente Balaguer y el

escenario en el que permaneció Juan Pablo II estuve casi seis horas en la enorme explanada frente al Faro de Colón. Allí, junto a otras miles de personas fui testigo de los magnos actos de la canonización de varios santos y de la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América.

Me levanté a las cinco y media de la mañana, llegando al faro de Colón a las siete. A las nueve y media apareció el Papa; diez minutos antes lo había hecho el presidente Balaguer, al que habían precedido algunos Jefes de Estado, cardenales, obispos y gentes notorias de todo el mundo. También estaban allí doscientos niños españoles de la operación V Centenario de la TV de España capitaneados por Miguel de La Cuadra, que antes se había paseado un tanto enreído por el escenario.

El Papa habló de casi todo lo esperado. Se mostró excesivamente diplomático, vago y universal sin llegar de forma sencilla y directa al corazón. Sí lo hizo, en las pocas palabras que pronunció, el Cardenal Primado de Santo Domingo y con una voz sumamente correcta y persuasiva.

España fue la constante protagonista de la jornada en la que, aprovechando la presencia del Papa, se realizó la canonización del agustino recoleto Ezequiel Moreno Díaz, nacido en Alfaro. Por eso en los

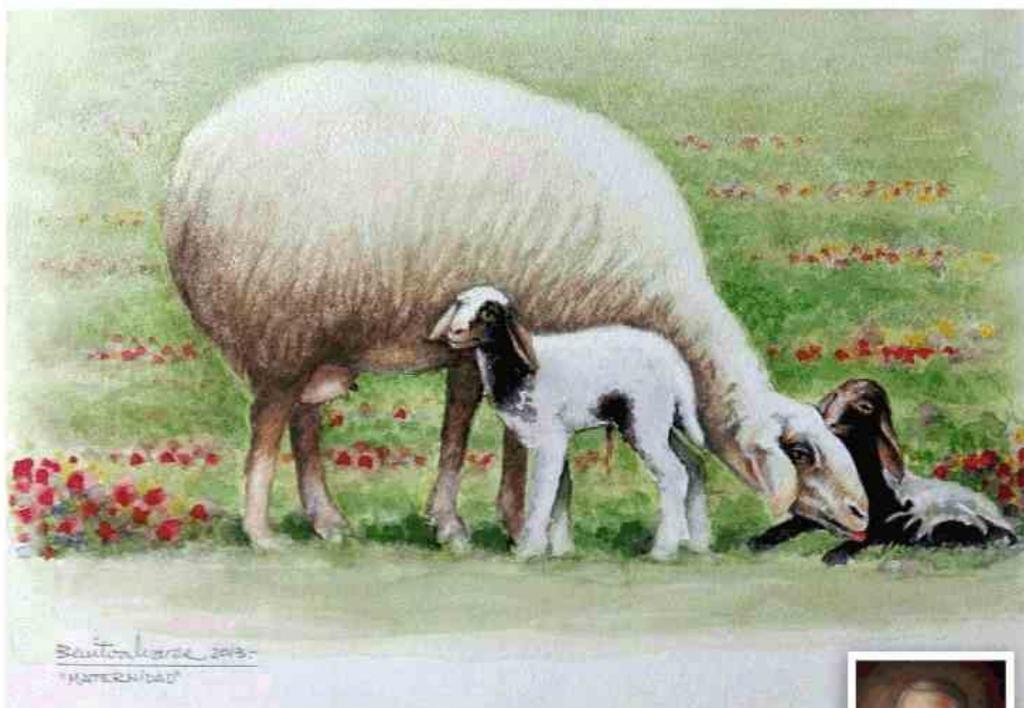
discursos también se hicieron diversas alusiones a Santo Toribio de Mogrovejo, a la Virgen del Camino y otras que me llenaron de satisfacción. Una vez más he comprobado que detrás de muchas historias Iberoamericanas está España.

Sin embargo, apenas sentí esa viva emoción de la que hablan los que han visto al Papa. Tal vez mi escepticismo me impidió percibirla y vivir intensamente su cercanía en esta calurosa mañana.

Sí me emocionaron los variados espectadores y espectadoras, en especial, unas extrañas monjas que pronto identifiqué como religiosas de la orden de la Madre Teresa de Calcuta. Recordando lo que había leído en “Más fuerte que el amor”, no pude contener el deseo de hablar con dos de ellas, que habían venido desde La India: se las veía felices, iluminadas y llenas de Dios. ■



Compartiendo.



Maternidad.

**FAUNA de NUESTRA TIERRA.
Acuarelas.**

PASARELA edición n18.



David Fernández Sifres

Escritor

Hacía decenios que la huerta de los abuelos había dejado de ser huerta y fue mi mujer la que decidió rehabilitarla. No como lugar de labranza —lo habíamos intentado en ocasiones, sin obtener nada—, sino como un terrenito con césped en el que los niños pudieran correr y pasar la tarde. Nada pretencioso: apenas un arenero con palas y cubos de playa para los pequeños y una caseta en la que guardar unas sillas para nosotros. Y unos ramajos de frutales que, si todo iba bien y la naturaleza hacía su trabajo, en unos años nos regalarían alguna manzana.

Lo cierto es que los niños aceptaron bien aquel nuevo lugar de juegos y nosotros empezamos a llevarles merienda para alargar esos ratos. Los mayores hacían castillos o jugaban al balón, la pequeña tenía conversaciones



larguísimas en un rincón con sus amigos imaginarios y nosotros charlábamos y disfrutábamos viéndolos a ellos. Al caer el sol, mientras merendábamos, yo solía contarles historias. Les hablaba de todos los seres del bosque en los que yo creía a pies juntillas siendo niño, como elfos, duendes, hadas y gnomos, y ellos se quedaban mirándome boquiabiertos, con la empanada a medio masticar.

Quizá fue todo ello lo que nos animó a arar una zona pequeñita y plantar algunas hortalizas. No tanto con la esperanza de recoger cosecha, sino para que los niños vieran el crecimiento de los distintos tipos de plantas.

Un día, en el rincón alejado al que mi hija menor solía retirarse a hablar con sus imaginarios amigos, descubrí una niebla vaga, una pequeña columna de humo que, a poco, envolvía toda la zona y se esfumaba. El primer día corrí hacia allí convencido del inicio de un fuego, pero resultó un vapor difuso, como digo, de olor agradable.

—Es el humo del mantillo —me dijeron varios vecinos—. Buena tierra. Tienes buen material ahí abajo. Si la cuidas, verás qué cosecha.

La hubo. Contra todo pronóstico, todas las plantas crecían fuertes y sanas. Las berenjenas, los tomates, los pepinos, los calabacines... Pero sobre todo los pimientos. Jamás se habían visto pimientos como aquellos en el pueblo. Pronto se corrió la voz y los vecinos comenzaron a visitarnos. Admiraban los pimientos y nos preguntaban el secreto: quizá un abono especial, tal vez una planta tratada...

—Es el mantillo, hombre —decían algunos, en corro—. ¿No veis que el chico no sabe de esto?

También yo estaba incrédulo, puesto que nada especial hacíamos en la huerta: los mayores jugaban, la pequeña le hablaba al aire en su rincón y nosotros charlábamos y regábamos las plantas, sin saber siquiera si era mucho o poco.

Pero fue aquel rincón lo que empezó a preocuparme. Nos empezó a preocupar a los dos. Nuestra hija pequeña ya no quería hacer nada que no fuera permanecer en aquel rincón apartado, hablándole a aquel humo vago que, en ocasiones llegaba a envolverla. Alguna vez nos acercábamos para tratar de escucharla, pero antes de que llegáramos se daba la vuelta y nos torcía el gesto.

—No quiero que vengáis —decía—. ¡Siempre que venís se va!

No niego que, sin reconocerlo, a Yolanda y a mi comenzó a incomodarnos el asunto. Volvimos a preguntarle una tarde de agosto, más en serio.

—Diana, ¿con quién hablas tanto tiempo en el rincón?



Las fotografías del artículo son de Benito Álvarez Fernández

—Con un niño.

—¿De tu imaginación?

Negó con la cabeza y sonrió de nuevo al mirar hacia el rincón vacío. Aquel vapor etéreo había aparecido de nuevo.

—Con Jonás —dijo, levantó la mano, y saludó a la nada.

Entretanto, los vecinos seguían admirando las hortalizas.

—¿Pero tú has visto esos pimientos? —decía uno—. En la vida los he visto yo así.

—¡Es que es imposible! —decía otro—. ¡Si es la primera vez que coge un azadón!

—Tiene que ser el mantillo, está claro. El chico no tiene ni idea.

Sin importarles que yo les hubiera escuchado, se volvían hacia mí.

—Cuando maduren nos tienes que dar a probar de estos pimientos, chaval. ¿Prometido?

—Prometido.

Pronto se nos añadió una nueva preocupación. Alguien estaba entrando en nuestra huerta, sin consentimiento. Lo supimos porque encontramos alguna planta rota. Al principio pensamos que había sido Diana, y volvimos a hablar con ella.

—Tienes que tener más cuidado, hija —le dijimos, enseñándole la planta.

—¡Yo no he sido! —protestó.

—¡Ah! ¿No? Entonces ¿habré sido yo? —me burlé.

Volvió a negar, con energía.

—Tú tampoco, papá. Ha sido Jonás.

El caso es que los vecinos tenían razón. Nada sabíamos de labranza. Obviando la explicación paranormal de nuestra hija, mi mujer y yo llegamos a la conclusión de que, por alguna razón que no comprendíamos, alguien estaba entrando en la huerta a escondidas y nos estaba ayudando con las hortalizas. Alguien que de verdad sabía cómo hacerlo. Pero no dijimos nada, quizá pensando en descubrir alguna vez al misterioso personaje, o quizá porque, en el fondo, nos gustaba que nuestros pimientos fuesen la envidia del pueblo.

Lo cierto es que la costumbre normaliza hasta las situaciones más incomprensibles, y durante el resto del verano seguimos acudiendo casi cada tarde a la huerta: Yolanda y yo charlábamos, los dos mayores jugaban en el arenero, Diana pasaba las horas en su rincón, envuelta de vez en cuando por aquel humo fantasmal y alguien nos cuidaba con esmero la hortaliza cuando no estábamos.

Así fue hasta el primer sábado de septiembre. Acabábamos de merendar sobre el césped y les leía un cuento holandés que conservaba desde mi infancia. Los niños estaban sentados frente a mí, con las piernas cruzadas. Había una ilustración en la tercera página y volteé el libro para que la vieran. Claudia y Diego la miraron con el interés habitual, pero Diana no; Diana se levantó de golpe, me arrancó el libro de las manos y echó a correr hacia su rincón, con una sonrisa inmensa.

—¡Jonás! ¡Jonás! ¡Sales en un libro de papá!

No supimos reaccionar de inmediato. Nos quedamos sentados mientras nuestra hija se arrodillaba a lo lejos y volteaba a su vez el libro enseñándole el dibujo a quienquiera que estuviese allí. Mi mujer hizo ademán de levantarse, pero la retuve y agucé la vista. Juro que frente a mi hija vi salir algo de la tierra. Algo que habría



apostado que era la cabeza de un topo de no ser porque mi hija pequeña le estaba enseñando el dibujo de la página tres de mi libro preferido cuando niño: *La llamada de los gnomos*, de Will Huygen.

Mi hija sonreía cuando volvió con el libro. A mí me encontró llorando, sin embargo, y su gesto se ensombreció.

—Es de alegría, hija —quise tranquilizarla. No me entendió, pero la abracé fuerte; no como su padre esta vez, sino como quien abraza de nuevo su niñez y vuelve a creer en todas aquellas cosas en las que creía entonces.

Ese verano no quise recoger la cosecha y Yolanda estuvo de acuerdo. Una tarde vimos que ya no estaban las hortalizas, pero la huerta estaba inundada de un delicioso olor a pimientos asados. Una columnita de humo salía del rincón de mi hija.

No pudimos dar a ningún vecino la muestra de pimientos prometida. Tampoco pudimos decir que se habían perdido. Algunos nos miraron serios.

—Se ve que alguien los robó por la noche —inventé.

—Sí, claro —se burló alguno—. Por eso lleva todo el día oliendo a pimientos asados.

—¿En nuestra huerta? —traté de disimular.

—No te hagas el tonto. Se ve el humo de asarlos desde La Iglesia Caída.

Sonreí porque llevaba meses esperando este momento.

—¿Humo? Yo no sé nada de esto, pero será el mantillo —me encogí de hombros—. Se ve que hay buen material ahí abajo.

Miré a mi hija pequeña. Los dos sabíamos que esto último era rotundamente cierto.■



Francisco y Cristóbal García Cara

En nuestra comarca de La Cepeda, y por extensión, en toda España y en el Mundo, la huerta está “consagrada” a las diversas labores hortícolas, y en cada mes del año se suelen realizar los distintos trabajos que vamos a desarrollar en este artículo.

Generalizando, para las labores del campo, en el primer mes del año, enero, se suele dedicar a las aradas y “barbecheras”: “las de enero que hacen a su amo caballero”. En febrero, siembras de primavera y podas de viñedos y arbolado. En marzo, gran actividad de todos los cultivos. (Debido al cambio climático, las labores de invierno se demoran hasta tal punto que hasta bien avanzada la primavera, estas labores de marzo se ven retrasadas). En abril, activas labores de primavera y el apogeo de la siembra garbancera. En mayo, mucha labor, riegos, cortes de alfalfa y las primeras siegas cerealistas. En junio, preparando la hoz y las máquinas, y comenzando de lleno las faenas de recolección. En julio, faenas de recolección a todo trapo. En agosto, plenitud de labores de recolección y terminación de ellas en algunas casas labradoras. En septiembre, la recogida de frutas, hortalizas y vendimias. En octubre, sementera final de vendimias y recogida de frutos (patatas, cebollas de invierno...). En noviembre, final de sementera y final de recolección de la patata que en la época actual no goza de buena producción. En diciembre, labores en las tierras, si el tiempo lo permite, y si no, trabajos bajo techado (en nuestra zona cepedana este mes es propicio para la matanza del cerdo).



Las fotografías del artículo son de Benito Álvarez Fernández

En Vega de Magaz podríamos decir que alrededor del 80% de las casas disponen de huerta o huerto, en el cual se puede labrar la tierra, dando una cavada a los arrietes y bancales, coberturas, provisiones para resguardar las sementeras recién hechas, trasplantar los pies de col, brócoli, nabos y puerros que se dejen para semilla. Sembrar los pepinos, coliflores tempranas, melones y rábanos. Los espárragos, lechugas y espinacas se siembran en todo tiempo.

Entre enero y febrero se abona con estiércoles compuestos y abonos químicos. En marzo, en la huerta se comienza la plantación de berzas, repollos, lombardas, acelgas, zanahorias, remolacha, cebolla de verano y otras especies. En abril, se realiza el trasplante de tomateras, pimientos (en nuestra zona mayoritariamente el llamado “pimiento de tres venas”), berenjenas, coliflores, guisantes y calabazas, entre otros. En mayo, el terreno más templado, nos permite la siembra de alubias, para en agosto recolectar los fréjoles, en sus distintas variedades. En junio, normalmente, se da comienzo al riego de las distintas verduras y patatas. En este mes también se trasplantan las berzas de repollo y otras variedades. En julio y agosto se arrancan los ajos, cebollas de verano y se recogen calabacines, pepinos, zanahorias, etc. (el riego en estos meses se hace más intensivo, como es lógico, por las altas temperaturas). En septiembre, mayoritariamente se recolectan los pimientos, tomates, cebollas de invierno, alubias secas... Desde hace pocos años, en nuestra zona se han empezado a cultivar sandías y melones, que también se recogen en este mes, con bastante buen sabor, pese a que la temperatura nocturna no es la más apropiada. En octubre se arrancan las remolachas, patatas, etc. A mediados de este mes, las huertas deben quedar libres de toda plantación, exceptuando el ajo puerro, escarola y alguna otra variedad, que suelen dejarse donde menos estorben con el fin de iniciar una arada para el siguiente ciclo. En noviembre, y para San Martino, se siembra el ajo fino. El ajo puerro se cubre con tierra con el fin de protegerle de las bajas



temperaturas que se dejan entrever en los próximos meses, siendo diciembre mes propicio para otros menesteres (matanza del cerdo, por ejemplo).

Nuestros antepasados se dejaban guiar por el amplio refranero existente, del que a continuación extraemos **algunos de los refranes**.

– Los ajos, para ser buenos, deben plantarse el día de San Martín (ajo fino por San Martino)

– Los eneros polvorosos traen los años abundosos.

– Truenos en enero, señal de mal año.

– El día de la Candela (2 de febrero), invierno fuera; pero si no ha nevado y quiere nevar, invierno por comenzar.

– Lluvia y nieve de febrero, el mejor estercolero.

– La flor de febrero no va al frutero.

– Si quieres ser hermosa todo el año, huye del sol de marzo.

– Marzo varía siete veces al día.

– Marzo ventoso y abril lluvioso, sacan a mayo florido y hermoso.

– Nunca vi abril que no fuera ruin, ora al entrar, ora al salir.

– Ramos mojados, carros cargados. El agua de primavera, no siendo exagerada, es buenísima para todos.

– Hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo.

– Mayo húmedo y fresco, llena el granero y la bodega del labriego.

– Puede helar hasta el 10, alguna vez; pero cuando mayo va a mediar, debe el invierno acabar.

– Buen tiempo en fin de mayo, asegura el buen año.

– Junio brillante, año abundante.

– Por San Juan la lluvia quita vino y no da pan.

– Cuando junio llega, afila la hoz y limpia la era.

– Junio juanete, nublado nublete; si no graniza, no agoniza.

– Año de trigo, ni han de correr arroyos ni moler molinos.

– Estiércol, agua y sol, padres del trigo son.

– Cebada, centeno y trigo, mucho sol y poco abrigo.

– Por Santiago y Santa Ana, pintan las uvas, y por Nuestra Señora de agosto, ya están maduras.

– Agosto guarda el secreto de doce meses completos.

– Otoñada verdadera, S.Bartolomé (24de agosto), el agua primera.

– Cuando lloviera en agosto, no gastes dinero en mosto.

– Si septiembre no tuvo fruta, agosto tuvo la culpa.

– Octubre, las mejores frutas pudre.

– Si en caso por noviembre retronara, es que un año fecundo se prepara.

– Si noviembre empieza bien, confianza es de tener.

– La Natividad lluviosa, nos presagia triste cosa.

– En diciembre, diciembre, la tierra duerme.

En Vega de Magaz, como en toda la Cepeda, los cuidados de los huertos y huertas son constantes, con la esperanza de tener unas muy buenas cosechas de frutas y verduras y el temor de que una tormenta y una granizada a destiempo, nos arruine lo que habíamos deseado cosechar. ■





Una autopista en Fukushima sólo diez años después del accidente Nos vemos en Olduvai....

„El bosque sería muy triste si sólo cantaran los pájaros que mejor lo hacen“. —Rabindranath Tagore

Somos la empresa N.S.L. (NATURALEZA, Sociedad Limitada), y estamos muy interesados en la comarca de La Cepeda, donde vemos un gran potencial de penetración, gracias a sus excepcionales características socio-medioambientales, para nuestras instalaciones solares y eólicas. Nos dedicamos a las energías renovables desde hace muchos años, siendo los primeros en darnos cuenta de la importancia y beneficios de esta tecnología. Somos la empresa con más paneles solares y eólicos desplegados por el mundo. Y nos avalan muchos siglos de experiencia y desarrollo de tecnología propia como la de mejora genética EVOLUCIÓN® 2.0.

„Hacer preguntas es prueba de que se piensa“. —Rabindranath Tagore

Todos nuestros modelos son de fácil instalación, cero emisiones, residuo cero, capturadores de CO₂, ecológicos, biodegradables, A⁺⁺⁺ y acordes con los **OBJETIVOS DE DESARROLLO SOSTENIBLE** del Gobierno de España. No requieren maquinaria pesada, ni cortar árboles para ver el bosque. Sólo es necesario un pequeño movimiento de tierras, colocar nuestro kit sencillo de instalación (con instrucciones detalladas en el interior) SEMILLA®, regar y como por arte de magia, en poco tiempo, se empezarán a desplegar los paneles solares de última generación.

„Sé como el sándalo, que perfuma el hacha del leñador que lo hiere“. —Rabindranath Tagore

Conforme vaya acumulando energía, se almacenará en nuestras baterías de ion-Tronco, que son escalables a la vida útil del panel solar, y de larga duración. Para recuperar la energía almacenada, solo hay que separar los paneles solares **Hojas y ramas**, de las baterías de ion-Tronco, mediante serrucho, hacha o motosierra, (si es que queda gasolina para entonces). Estas baterías si se almacenan en un lugar seco, pueden durar años, sin perder prácticamente potencial energético. Y están disponibles en casi cualquier momento del año, tamaño, forma y color.

„El hacha del leñador le pidió al árbol el mango, y el árbol se lo dio“. —Rabindranath Tagore

Nuestro sistema patentado Clorofila®, permite optimizar la captura de luz solar, especialmente del espectro visible, en cualquier condición, ángulo del sol, nubes o mal tiempo. Todos nuestros modelos son escalables, modulables, habitables, bonitoables, y a partir de mil conforman el set renovable Bosque.

„La tierra es insultada y ofrece sus flores como respuesta.“ —Rabindranath Tagore

Nuestra nueva generación de paneles solares, además de baterías de ion-Tronco, tienen baterías de energía ion-Fruta, más pequeñas y dispersas por los paneles solares e ion-Setas en el suelo, de las que se obtiene energía imprescindible para el correcto funcionamiento de nuestras maquinaria **Animal o humana**. Todos nuestros modelos llevan un recubrimiento proteico patentado Vida®, que garantiza y alarga la vida útil de los equipos y permiten

comunidades de organismos residentes que promueven la salud y el equilibrio.

„Llevo en mi mundo que florece todos los mundos que han fracasado“. —Rabindranath Tagore

Nuestros modelos más demandados son:

● **Chopera 2.0:** Este molino eólico no tiene parangón en cuanto a redireccionar el viento y enfriar espacios. No se le resisten ni los veranos más tórridos.

● **Huerta 2.2:** Insuperable en producción de calorías. Fuente de energía altamente asimilable y con fundamento.

● **Pino 3.2:** El de más larga duración, puede llegar a durar hasta 5.000 años. El modelo **piñonero** almacena además la energía en ion–Piñón, y el modelo **Resinero** puedes obtener ion–Resina. Los más de cuarenta principios antibacterianos y taninos presentes en los terminales o yemas de las placas ayudan a **eliminar bacterias y expulsar la flema acumulada en el organismo**, ideal para tratar enfermedades como la tos, gripe, **Covid**, y bronquitis y **descongestionar el pecho** y las vías respiratorias.

● **Roble y Encina 3.3.0:** El de mejor relación energía calorífica/volumen y el mejor adaptado a esta región. Con mantenimiento prácticamente nulo.

● **Prado:** Nuestro modelo más pequeño, pero no por eso menos útil, pues permite el pastoreo y la obtención de ion–Carne con muchas kilo–calorías de energía.

● **Bosque:** Homogéneo o heterogéneo, siempre formado por multitud de paneles solares, que pueden llegar a captar el 100% de la luz de la bóveda, y dejar en penumbra el suelo. Pueden llegar a vivir miles de año, en un proceso único de renovación. Mejoran el clima de la zona, y atraen la lluvia. Bien gestionados, nos proveen de innumerables beneficios, incluso económicos. Son los macro–parques propiamente dichos.

● **Bosque:** Homogéneo o heterogéneo, siempre formado por multitud de paneles solares, que pueden llegar a captar el 100% de la luz de la bóveda, y dejar en penumbra el suelo. Pueden llegar a vivir miles de año, en un proceso único de renovación. Mejoran el clima de la zona, y atraen la lluvia. Bien gestionados, nos proveen de innumerables beneficios, incluso económicos. Son los macro–parques propiamente dichos.

„Mientras estemos en llamas, sepamos arder y bullir“. —Rabindranath Tagore

Podríamos estar horas y horas explicando todas las propiedades y beneficios que conlleva la instalación de nuestros kits solares y eólicos. Si usted desea más información, o aún tiene dudas, tenemos una sucursal en La Tiendina, de Vega de Magaz, dónde le atenderán amablemente y le resolverán todas sus dudas.

„Leemos mal el mundo, y decimos luego que nos engaña.“ —Rabindranath Tagore

Anímese a esta gran oportunidad de inversión única. No la deje pasar. Sus hijos y nietos se lo agradecerán. Compre acciones ya mismo, de la única empresa que lleva miles de años dando beneficios. Éxito garantizado.

„¡Qué pequeña eres brizna de hierba! Sí, pero tengo toda la Tierra a mis pies“. —Rabindranath Tagore

Cuatro leyes de la ecología (Barry Commoner):

- 1.– Todo está conectado con todo lo demás.
- 2.– Todo debe ir a alguna parte.
- 3.– La naturaleza es más sabia.
- 4.– No existe tal cosa como un almuerzo gratuito. ■



Árbol nacido tras el incendio de Vega 2019



Árbol nacido tras el incendio de Vega 2019



Continuamos en este artículo exponiendo temas de Vega de los años 40–50 del siglo pasado, con el espíritu ya indicado.

CUENTINES, CUCHILLINAS, DICHOS

CUENTINES



Pimpirineja

Es un juego que se hace a los niños. Ponen las manos extendidas y se le va tocando cada uno de los dedos, al tiempo que se va recitando la estrofa. El dedo en que se termina la estrofa debe esconderse. Gana el dedo que queda solo al final.

La fórmula que se recita es:

Pimpirineja, el rabo de la coneja

*pimpirineja, el rabo de la coneja
pasó por allí vendiendo sal
sal menuda pide para la cuba,
cuba de barro pide para el caballo,
caballo morisco pide para el obispo,
Obispo de Roma quita esa corona,
que no te la vea la gata rabona.*

Una, doli, teli, catoli

Cuando se trata de elegir a un chico en el juego, se echa a suerte con la siguiente fórmula,

*una, doli,
teli, catoli,
quili, quilete,
estaba la reina
en su gabinete
vino don Gil
a su camarín,
camarín, don, don
cuenta las veinte
que las veinte son.*

Las horas de sueño

*Una hora duerme el gallo,
dos el caballo,
tres el santo,
cuatro el que no es tanto,
cinco el capuchino,
seis el agustino,
siete el caminante,
ocho el estudiante,
nueve el pollino,
diez el gorrino,
once el muchacho y
doce el borracho,
el perro y el gato
duermen cada rato.*



Santa Bárbara

Santa Bárbara es la protectora contra las tormentas. Para la petición de su ayuda para la protección de personas y cosecha se decía:

*Santa Bárbara bendita
que en el cielo estás escrita
guarda pan y guarda vino y
guarda a los hombres en el camino.*

Pregunta a un chaval sabelotodo

Pregunta

*Estudiante, tú que estudias,
dime tú que tanto sabes
y que tienes letra abondo
¿por qué el borriquillo caga
el cagajón esquinado
teniendo el culo redondo?*

Respuesta

*Según la inteligencia me dice
y la ciencia me lo explica*

*tiene un picapedrero dentro
picándolo con una pica.*

CUCHILLINAS

La palabra cuchillina, que es sinónimo de acertijo, no figura en el diccionario de la Real Academia Española (RAE), es una palabra del dialecto leonés. En algunas zonas de lo que fue el dominio de dicho dialecto dicen cusillina en otras cosillina. En lo que yo recuerdo, nosotros decíamos cuchillina. Aquí damos algunas.

*Cuatro pisabarros,
cuatro manafuentes,
un espantamoscas,
y dos espitadiablos.*

..... (la vaca)

*Cabe en un puño y
no cabe en un arca*

..... (la ijada)

*Una señorita muy aseñorada,
que siempre está en casa y
siempre está mojada*

..... (la lengua)

*Soy el redondel del mundo,
sin mí no puede haber Dios,
papas y cardenales sí,
pero pontífices no.*

..... (la letra O)

*Cinco frailes, cinco peras,
cada cual comió la suya
y quedaron cuatro enteras.*

..... (un fraile se llamaba Cadacual)

*Cuando va pa'l monte mira pa' casa,
y cuando va pa' casa mira pa'l monte.*

..... (los cuernos de la cabra)

*En el campo me crie,
nacida entre verdes lazos,
aquel que llora por mí
es el que me hace pedazos*

..... (la cebolla)

DICHOS

Mientras descansas, pica berzas

Para alimentar a los gochos había que cocer patatas, berzas u otros productos. Se hacía picando el producto y poniéndolo a cocer en un caldero grande, en la cocina vieja, colgado de las pregancias.

Cuando al final de la tarde se terminaban los trabajos fuertes procedía tener un poco de descanso, pero quedaba por hacer el picado de las berzas (cuando era tiempo de ellas), que era una tarea cómoda de hacer y servía para descansar, por lo que se acuñó el dicho, que continuó aplicándose para indicar que se haga una tarea fácil de hacer cuando se está cansado.

Un momento, que la están peinando

En una sesión de comedias, en la que los intérpretes eran los chicos y chicas del pueblo, había un personaje que era la Virgen. La función se retrasaba en empezar y el público impaciente gritaba *¡qué salga la Virgen!*, *¡qué salga la Virgen!* Entonces, apareció en el escenario uno de los organizadores y dijo *¡un momento, que la están peinando!*

De esta forma surgió este dicho, que dice una persona a la que llaman y tarda un poco en acudir.



Una, doli, teli, catoli

Ángel Francisco Casado

EL HUERTO (I)

Amanece y la luz se acerca y besa
ese solar de vida que es el huerto,
donde el brazo con solidez y acierto
abre el haza para la dulce fresa.

El agua fresca de avivar no cesa
las oscuras raíces en lo muerto
y el sagrado sudor ve el surco abierto,
ve codicioso el fruto de esa empresa.

El huerto, el huerto, con pasión antigua,
es nido de esperanza. El hombre anima
el provenir con la cosecha exigua;

con él, el alma en pena se sublima;
se alegrará la mesa familiar:
el huerto, generoso, ese solar...

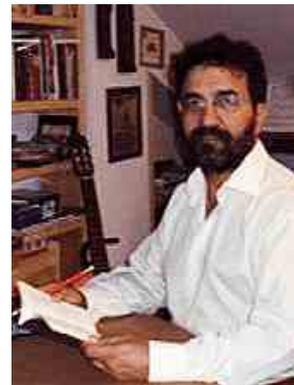
EL HUERTO (II)

Doblo mi cuerpo para abrir el haza
donde mi mano deja la semilla
con la pureza de una obra sencilla
y la pasión de quien la tierra abraza.

Ya besa el agua la sutil coraza,
el aire se hace tierno, y amarilla
la luz, la luz inmensa de Castilla
que alienta fiel la floreciente traza.

Un día, en el adiós definitivo,
me abrazará esta tierra que ahora amanso
y seré el fruto de lo que hoy cultivo.

Agua, aire, luz, construid mi descanso:
un refugio de paz es mi deseo,
huertana mansedumbre en la que creo...



EN MEMORIA DE ENRIQUE GARCÍA GONZÁLEZ

Colaborador de PASARELA

Porfirio González

Fue Enrique García González un apasionado de su tierra La Cepeda y de su pueblo Zacos, y un enamorado de su flora y de sus huertos.

Nació en Zacos el año 1930 y falleció el pasado invierno. Heredó de sus padres y de su abuelo Timoteo el espíritu inquieto y emprendedor, puesto que por aquellos tiempos, ya su padre Pedro, lo había demostrado creando una cooperativa de patatas con escasos resultados.



Enrique desde muy joven comenzó a trabajar; era el mayor de los cuatro hermanos, los otros tres restantes habían salido del pueblo para estudiar con los Hermanos de La Salle.

Sus muchos trabajos comenzaron con la RENFE en Vega de Magaz para la reparación de las vías de ferrocarril. Más tarde, antes de la llegada del asfalto, ejerció de picapedrero consolidando el firme de las carreteras cepedanas. Destacó como matarife en las matanzas de los cerdos, cuando muchos vecinos acudían a él solicitando su ayuda.

Sacó el carnet de conducir de primera para ejercer de camionero y entró a trabajar en la térmica de ENDESA en Ponferrada. Destacó tanto en esta profesión como conductor de camiones que le destinaron a Gijón y luego a Madrid. Con esta misma profesión trabajó en el INI para la empresa AUXINI, donde se jubiló.

Este espíritu emprendedor y entusiasta que caracterizó a Enrique toda su vida, estaba acompañado por unos valores que hacían de él una persona muy servicial. La entrega y amor a su patria chica, la comentaban los vecinos diciendo: “cuando está Enrique suenan las campanas y reluce la plaza por su limpieza”. Su pasión por el pueblo que le vio nacer se notaba regresando uno de los primeros a Zacos y a la Cepeda, una vez pasados los fríos intensos del invierno y era uno de los últimos en irse después del verano. La Cepeda le atraía y sabía disfrutar de sus encantos.

En segundo lugar, su gran afición por las plantas y su huerto. Fue un ecologista auténtico; conocía las plantas del entorno con sus propiedades, sabemos que repoblaba diferentes espacios del entorno con semillas de las plantas que se iban perdiendo. También en el huerto de su casa disfrutaba de una variedad de plantas aromáticas que nuestra tierra cepedana nos ofrece generosamente. Era extraordinario su herbario donde conservaba una gran colección de plantas que con gran entusiasmo y conocimiento iba preparando; y disfrutaba enseñándolo a los que pasábamos un rato por su casa. Se anticipó al ecologismo actual que tanta difusión tiene en los medios de comunicación y en campañas de sensibilización. Y fue un buen colaborador de nuestra revista Pasarela en los primeros números, publicando artículos sobre nuestra flora cepedana.



Fotografía Benito Álvarez Fernández

En tercer lugar, tenía además dos aficiones en las que de forma autodidacta disfrutaba sobre todo en invierno cuando no estaba en Zacos; eran la pintura y el canto. Llegó a realizar alguna exposición de pintura en Madrid, pero los cuadros de más valor, por su originalidad, son los de paisajes de Zacos y su entorno. En cuanto al canto, conservaba en la memoria un repertorio casi completo del folklore tradicional de la Cepeda que cantó hasta los últimos años de su vida.

Y en cuarto lugar, quiero destacar, además del valor del espíritu servicial, el de convivencia, que demostraba tanto en los momentos de diversión, participando en las fiestas de los pueblos, como en el acompañamiento en los momentos de dolor asistiendo a los funerales y demás actos celebrativos de los pueblos. Podemos decir que fue un gran cepedano, un modelo que podemos contemplar para disfrutar de una vida feliz.

Descanse en la paz del Señor, gozando del otro “Jardín-Paraíso”. ■

